

Delaware Review of Latin American Studies

Special Issue: The History of Human Services in Brazil and Argentina

Vol. 17 No. 2 November 14, 2016

Los “asistidos” como grupo social en los espacios asistenciales en Córdoba (Argentina) 1900-1930: la conformación de una identidad

Beatriz I. Moreyra¹

Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” - Unidad Asociada al CONICET

Universidad Nacional de Córdoba

Universidad Católica de Córdoba

beamoreyra@fibertel.com.ar

Resumen

Este trabajo indaga sobre la fecundidad de la categoría “asistidos” en el estudio de los espacios asistenciales en la sociedad argentina en las primeras décadas del siglo XX y su conformación como un grupo con identidades múltiples, fragmentadas y heterogéneas, definidas a través de relaciones de dependencia, reciprocidad desigual y resistencias. Esta contribución también se enmarca en el estudio de las relaciones de dominación y el papel que juegan los subordinados en las mismas y pretende hacer un aporte a las complejas relaciones sociales entre las elites asistenciales y los subalternos en las instituciones de ayuda social.

Palabras claves: Asistidos, Identidades, Dependencia, Resistencias

Abstract

This paper investigates the fecundity of the “human services recipient” category in the study of welfare programs in the early decades of the 20th century in Argentina. It also looks at the construction of the assisted as a group with multiple, fragmented and heterogeneous identities defined through relationships of dependency, unequal reciprocity and resistance. Also studied are the relations of dominance and the role of subordinates in this relationship in hopes of contributing to the understanding of the complex social relations between the welfare program elites and the subalterns in the social welfare institutions.

Palabras claves: Human services recipients, Identities, Domination, Resistance.

Introducción

La renovación de la historia social desde fines de los años 70 del siglo XX, supuso, entre otras cosas, el abandono paulatino de una concepción esencialista de los grupos sociales y las identidades y la emergencia de otra que sostiene que los mismos son resultado de un complejo proceso social y tienen una historia propia. Identidades y grupos sociales son un producto histórico contingente, resultado de prácticas sociales y culturales concretas y cambiantes. Se procura elaborar “una visión relacional de los grupos sociales”, partiendo de la hipótesis según la cual son los vínculos los que permiten identificar la pertenencia a los distintos grupos. La identidad social del individuo se transforma de un dato fijo y definitivo en un fenómeno plural, temporal, susceptible de adaptaciones en función de la variabilidad de la experiencia histórica. En este contexto historiográfico, el objetivo de esta contribución es indagar sobre la fecundidad de la categoría “asistidos” en el estudio de los espacios asistenciales en la sociedad argentina en las primeras décadas del siglo XX y su conformación como un grupo con identidades múltiples, fragmentadas y heterogéneas, definidas a través de relaciones de dependencia, reciprocidad desigual y resistencia. Es decir, partiendo de la premisa que todas las identidades son construidas, el desafío es entender cómo, desde qué, por quién y para qué se constituyen en sujetos activos, actuando en contextos socioculturales específicos. Nuestro estudio se localiza en la etapa de modernización; es decir un momento histórico de cambio con sus transformaciones y sus permanencias, período especialmente significativo para dilucidar la relación entre la realidad, la conciencia y la acción de los hombres.² Esta contribución también se enmarca en el estudio de las relaciones de dominación y el papel que juegan los subordinados o débiles en la mismas³ y pretende hacer un modesto aporte a las complejas relaciones sociales en las que están envueltos las elites asistenciales y los subalternos en la organización y en el diario transcurrir de los asilos y demás instituciones de ayuda social; es decir, rescatar las complejas relaciones entre quienes quieren proteger, controlar e incluir y aquellos que demandan por sus necesidades básicas. En una palabra, echar luz sobre lo que podríamos denominar “identidad del asilado”, en referencia al lugar donde se recrearon relaciones sociales densas y un sentido de identificación y de subordinación con el espacio asistencial.⁴

Este complejo análisis y reconstrucción se ha basado en la utilidad y riqueza interpretativa que deviene de la relectura de las fuentes institucionales de las asociaciones de protección social en la modernidad liberal, a la luz de nuevos interrogantes históricos y de cuestionarios teóricos renovados.

El presente trabajo aborda tres aspectos centrales: a) un breve recorrido historiográfico sobre los estudios referidos al rol de la sociedad civil en la atención de los marginados y la capacidad agencial de estos sujetos históricos, una dimensión clave en el estudio de la historia desde abajo; b) la cuestión social y el contexto institucional del modelo benéfico asistencial y el perfil de los asistidos como fundamentos casuales en el proceso de constitución de las identidades y c) la naturaleza múltiple y fragmentada de esas identidades de acuerdo a la variabilidad de sus experiencias históricas.

I.-Un breve recorrido historiográfico.

La preocupación contemporánea por dilucidar el rol de los actores no estatales en los modelos de asistencia social prevaletentes en la modernidad liberal, ha obedecido a varios factores: el interés creciente por los procesos institucionalizadores del mundo social, la crisis del Estado de Bienestar y el “revival” académico de los estudios dedicados a las entidades de protección social y la creciente importancia que adquirieron los estudios sobre la esfera pública, incluidas las asociaciones dedicadas a la asistencia social. Esta resignificación histórica de las entidades civiles destinadas a la atención de los sectores más vulnerables de la sociedad, conllevó también deslizamientos en los marcos interpretativos de los modelos de asistencia social. Durante el siglo XIX y comienzos del XX, existió un flujo casi constante de una literatura -si bien no exenta de polémica- dedicada a la caridad y a los asuntos caritativos que adquirió la forma de una narrativa hagiográfica centrada en el impulso caritativo individual, de una historia oficial y conmemorativa o se limitaba simplemente a una exhortación hacia la dádiva, modalidades en las que el análisis crítico estaba ausente. Posteriormente, la expansión de los Estados de Bienestar durante el siglo XX dio lugar a la articulación de una visión hegemónica caracterizada por el desarrollo de un modelo teleológico de la historia del bienestar, que consideraba los servicios sociales públicos y estatales como superiores en relación a la esfera ineficiente y particularista de la caridad voluntaria. Por otra parte, esta perspectiva se concentraba casi exclusivamente en la mirada de los asistentes, con un excesivo apego a las explicaciones unidimensionales en torno a la suficiencia explicativa de los mecanismos de control social que llevó a subestimar la autonomía y la capacidad de los agentes para absorber, modificar, adaptar y usufructuar en provecho propio las propuestas de control y regulación provenientes tanto de instituciones estatales como de las benéficas. Pero a partir de los años '80 del siglo pasado, se planteó una revalorización del rol de las asociaciones civiles en los análisis históricos de los modelos asistenciales y, por ende, una ponderación del modelo mixto de asistencia social.

Por su parte, el giro desde los estudios fuertemente estructuralistas a la consideración de una “historia social desde el sujeto”, se tradujo en una preocupación por el estudio más puntual de los asistentes, de los asistidos y por el significado mental del acto asistencial. En el marco de este clima historiográfico, esta contribución se propone centrar la mirada sobre el funcionamiento interno y cotidiano de las instituciones de asistencia social y fundamentalmente en los procesos de recepción, apropiación, negociación y resistencias, informales y cotidianas por parte de los asistidos, con miras a reconstruir, al menos parcialmente, la naturaleza diversa y cambiante de la “identidad de asilado”.

II.-Cuestión social, asistencia benéfica y perfil de los protegidos

Toda identidad depende, en su generación y consolidación, del contexto en que los sujetos se desenvuelven; de allí la importancia de rescatar el entorno social e institucional donde los asistidos actuaron, interaccionaron con los demás grupos y participaron del modelo asistencial prevaletente. De allí que en esta parte del trabajo se intenta demostrar cómo el contexto y las normas de los lugares de los asilados contribuyeron a la conformación de una identidad de asistido y subordinado, pero también con cierta capacidad para utilizar los espacios de libertad que ofrecían los intersticios de las estructuras normativas.

Hacia finales del siglo XIX y principios del XX la Argentina y dentro de ella la provincia de Córdoba, experimentó los alcances de un proceso de expansión económica que había iniciado años antes y que, sustentado sobre las bases del desarrollo de la exportación de bienes primarios, materializaba el ideal de progreso y modernización del país anhelado por la elite gobernante. Sin embargo, este proceso de transición hacia la modernización, exteriorizado en el anhelo de lograr la transformación económica, el progreso material y una sociedad ordenada, integrada, saludable y culta, no estuvo acompañado por una redistribución significativa del poder y de la riqueza, sino que, por el contrario, involucró la marginación y la exclusión de vastos sectores sociales que experimentaron en sus vidas necesidades básicas insatisfechas y la ausencia de oportunidades que impedían el desarrollo integral y participativo de los ciudadanos.⁵ Los costos sociales internos del proceso de modernización, tuvieron su manifestación más extrema en los sectores excluidos, marginados del proceso productivo, involucrando bajo este epígrafe a los pobres y marginados y a los sectores más desposeídos: niños huérfanos, abandonados, madres solteras, ancianos pobres, “descarrilados” y enfermos desprotegidos, entre otros. Las principales respuestas a esta situación de precariedad de vastos sectores de la población provinieron, inicialmente, de un conjunto asistencial que respondía a un modelo pluralista no planificado con fuerte predominio de la asistencia benéfica privada y una limitada participación del Estado que sólo impulsaba acciones y políticas reactivas frente a los desajustes y las demandas sociales puntuales.

En efecto, durante el primer tercio del siglo XX, el sistema benéfico ocupaba gran parte del complejo asistencial dedicado a la atención de los sectores sociales pauperizados. Este modelo había sido propiciado e institucionalizado por entidades y personas privadas, andamiaje construido alrededor de las tempranas políticas sociales que ofrecieron una laxa pero efectiva estructura basada en los subsidios nacionales, provinciales y municipales a los grupos filantrópicos. Estos subsidios no solo proveyeron recursos sino reconocimiento gubernamental a diversas instituciones dedicadas a la ayuda y protección social dirigidas por entidades religiosas y laicas. Este sistema asistencial estaba caracterizado por la pluralización de los actores y de los instrumentos de protección social y por la labilidad del límite entre la esfera pública y la privada. Estaba constituido por una serie de instituciones asistenciales que jugaban un rol importante en la atención de las demandas materiales, morales y culturales de los sectores marginales. Estas asociaciones voluntarias, desde un criterio estructural y operativo, se caracterizaban por poseer cierta permanencia institucional que excluía a los grupos informales y las distinguía de la familia y de los grupos de vecindad; eran institucionalmente independientes del gobierno aunque no de los aportes estatales; se diferenciaban del mercado porque su finalidad primaria no era generar ganancias o retornos a los individuos o directores de la organización, poseían sus propias reglas y procedimientos y no eran dependientes del Estado.

Esa tupida y dispersa red asistencial que desarrolló diversas texturas, comprendía un buen número de congregaciones religiosas sobre todo femeninas (las Mercedarias, las Concepcionistas, las Dominicanas, las Adoratrices, Terciarias Franciscanas de la Caridad, etc.) y asociaciones seculares dedicadas al ejercicio de la caridad como las Sociedades de Beneficencia de la capital y de las ciudades del interior, las Damas de la Misericordia, las Damas de la Providencia, la Asociación de la Inmaculada Concepción, la Corte de la Mercedes y las Conferencias de San Vicente de Paul -entre otras- que regenteaban una variada tipología de asilos y hospitales. A ellas se sumaban diversas instituciones ideadas para el reparto de limosnas, especialmente alimentos y vestidos (Comedor de pobres de la Liga Argentina de Damas Católicas y ollas populares en algunos barrios), una gama de iniciativas mixtas que combinaban la instrucción popular y profesional con la beneficencia, la moralización y la catequización (la escuela para aprendices y obreros adultos, escuelas dominicales, escuelas para servicios domésticos de la asociación "Propaganda Católica", talleres de "las Hijas de María", asilo y taller de la "Sagrada Familia", Taller "del Niño de Dios", etc.), escuelas privadas para niños pobres y los círculos de obreros.⁶

Contexto Institucional

En esta parte de la investigación, se intentó abrir las puertas de las instituciones para visualizar qué había detrás del telón del discurso público y recuperar el contexto institucional donde se configuraron las identidades de los sujetos de la asistencia. Los detentadores de estas entidades de protección social, como integrantes de las elites dirigentes del período, fueron parte activa en el campo de la asistencia de un proyecto de ingeniería social sobre la base del orden, el progreso y la regeneración de los sectores bajos, a través de una educación "cristiana y civilizadora", un binomio esencial del imaginario colectivo de las clases dirigentes de la época.

En un ámbito de diferenciación, jerarquización y de primacía social a través de una reciprocidad desigual, la elite asistencial construyó las barreras de distinción respecto a los asistidos, mediante su exclusión de las nociones de virtud y de respetabilidad. Así resultó bastante habitual en la época asociar las miserias que atenazaban la vida de los pobres a su naturaleza viciosa e ignorante, a la falta de educación y de hábitos morales y religiosos, a los cuales debía aplicarse una pedagogía social basada en la religiosidad, la moralización, el mejoramiento de las costumbres y el trabajo como mecanismos de integración tutelada. Así los asilos, refugios, talleres diurnos y demás asociaciones de protección social eran considerados obras de "adecentamiento e higienización" para lograr una sociedad culta, ordenada y limpia porque permitían combatir la ociosidad y la peligrosidad de los sectores marginados y su inserción en el orden social dominante en relaciones de subordinación y dependencia personal.⁷ La mayoría de esas instituciones desenvolvían sus actividades dentro de un marco institucional y normativo. En este sentido, los reglamentos internos -con diferentes grados de complejidad organizativa- fijaban las reglas de la conducta social y del trabajo y reflejaban la visión de lo que las autoridades consideraban funcional y efectivo. Por otra parte, todas ellas, a pesar de sus especificidades distintivas, se proponían legitimar ideas de orden y de control propias de los regímenes modernizadores.⁸ Por lo tanto, las propuestas desarrolladas por las instituciones católicas coincidían con los proyectos civilizadores de las elites gobernantes del período. Además de la ayuda material, en todas las instituciones, las tareas de adoctrinamiento a los auxiliados era un aspecto esencial de las prácticas cotidianas y comprendía los oficios religiosos, la enseñanza de los preceptos de la religión católica y el cumplimiento de sus sacramentos como el casamiento, el bautismo y la confirmación. Más aún, las prácticas de piedad colectiva marcaban el horario de los niños y niñas en los asilos-colegios y en las instituciones de los adultos. Es decir, el proyecto civilizador propiciado era uno basado en la moral y en la religión: "[...] no hay educación sin moral, ni moral sin religión. La experiencia y la historia lo enseñan: "Porque donde no existe Dios existe el lobo... y donde está el lobo, está la destrucción, la muerte."⁹

El universo de los asistidos

Para evitar la vaguedad que suele acompañar a la delimitación de los sin recursos y perspectivas, se tomó como unidad de análisis los que vivían o sobrevivían gracias a la ayuda del modelo benéfico asistencial de una manera más permanente o circunstancial y se trató de reconstruir la atmósfera y la calidad de sus vidas mediante la descripción de sus entornos y actitudes. El campo de la indigencia lo integraban los niños huérfanos, las viudas, los ancianos, enfermos y desocupados; es decir los incapaces de valerse por su cuenta, los que válidos no encontraban trabajo y los vagabundos y mendigos. Es decir, lo que el lenguaje de la época nombraba e identificaba

como el mundo de los sin hogar o los pertenecientes a hogares pobres, los confinados en los hospitales y asilos, los huérfanos, los “débiles, los incurables, los desheredados, los vencidos de la vida” y los carentes de educación, moral y religión. La trayectoria biográfica de Francisca García (a) La Panchita devela la sinuosa lucha por la vida de los que no lograron insertarse en los beneficios de la expansión capitalista:

...nació en San Juan, en un día, cuya fecha no sabe a ciencia precisa. Pero cuando la interrogáis acerca de su edad, ella responde: Tengo noventa años y pico...Y de ese pico, que según ella es bastante largo no tiene recuerdo. De San Juan salió con sus padres siendo muy chica, y la última “la chulca” [sic], como se dice en jerga popular. Tal vez su vida al principio no tuviera inquietudes, fueron a Rosario donde sus padres murieron, viniéndose entonces a Córdoba, en compañía de su hermano. Y aquí recién empieza la vía crucis de su vida dolorosa. Hizo de todo, fue sirvienta, mucama, niñera, cocinera, etc. Conoció la amargura de los patrones brutales y de los chicos mal criados, hasta que ya casi vieja, se dedicó a coser camisas en una fábrica local. Viejecita ya, sus manos cansadas, sus ojillos pequeños que apenas pueden ver no servían para nada y entonces del último refugio echárola como se puede echar a algo inservible que nos incomoda...La lógica humana, la filosofía de los expoliadores, no tiene más capacidad de rendimiento: afuera, como a un perro, a husmear los cajones de basura... Y así, con una santa resignación sin murmurar una queja, ese bultito humano, ese pequeño gusanillo de la tierra es la hermana de “San Andrajo”...¹⁰

En el otro extremo del ciclo de la vida, los niños abandonados se encaminaban a un destino común signado por una “niñez expuesta al arroyo, creciendo en el bajo las asechanzas del abandono y los incentivos del vicio, para quienes la vida no guarda masque la encrucijada del delito, a través de la calle y del abandono y del desamparo destinada hasta ahora a no tener más techo que el de las cárceles...”¹¹

Los asilos y refugios como espacios de ayuda social, al igual que toda institución total, tuvieron en la cuestión del orden y el aislamiento con el mundo externo, un tópico decisivo de su agenda cotidiana. La memoria del asilo de la Sagrada Familia de 1910 daba cuenta de las inversiones edilicias realizadas para incomunicar al asilo, no solo del mundo exterior, sino también de los colegios de la misma congregación.

La vida cotidiana al interior de las asociaciones transcurría en una intrincada red de prejuicios que buscaban imponer un conjunto de normas rígidas, de tal manera que mientras se estaba asilado, el mundo más íntimo y personal era pasible de regulación, bajo la prescripción de “ser obedientes y sumisos...ser humildes y obedientes...sin obediencia era imposible la observancia, sin la sujeción del súbdito no puede haber unión, armonía, respeto, ni disciplina...depended siempre y pedid los permisos necesarios aún para las cosas más insignificantes”.¹² La obediencia constituía así una realidad práctica anclada en el principio de autoridad que condenaba no solo la resistencia directa sino el menosprecio o la ridiculización de la autoridad bajo críticas mordaces, reproches apasionados, ironías despectivas o sonrisas reveladoras.

Para su cumplimiento, debía evitarse el trato asiduo con los demás seculares y las relaciones y visitas innecesarias: “Las hermanas no debían dejar solas a las pupilas y huérfanas ni de día ni de noche, ejerciendo sobre ellas una continua vigilancia”.¹³ La vida interna de la comunidad solo permitía la recreación reglamentaria “la moderada y religiosa conversación, evitando el traer y llevar”.¹⁴ En 1902, en el informe de la visita apostólica la congregación se llamaba la atención sobre “las distracciones, las críticas y los susurros, traer y llevar y la correspondencia portadora de cosas y noticias... “Pero ese espíritu de control cotidiano se replicaba no solo en los asilos sino en las otras instituciones como era el caso de los pensionados para las jóvenes que seguían la carrera del magisterio, que se crearon en 1915, para “contrarrestar el ambiente de las escuelas laicas que con sus prescripciones a los estudios, apartaban a las jóvenes de sus deberes religiosos”. Para evitar ese desapego, los domingos, se instituyeron las conferencias sobre moral y religión.¹⁵

Una parte esencial y típica de la acción social de estas instituciones de protección era la mediación paternalista para la atención de los necesitados, un objetivo con fines de inclusión, pero también de ordenación y de control de los pobres.

El asilo de la Sagrada Familia de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad alojó entre 80 a 100 personas entre 1900 y 1910 que lo constituían jóvenes menores y niñas, sostenidas en su alimentación y vestuario, a las que se les enseñaba diversos oficios. A nivel de estudio, se les proporcionaba el programa del Reglamento de Asilos y Talleres y se las ocupaba en todos los quehaceres de la casa donde aprendían los trabajos del hogar y la enseñanza de labores, corte y confección, adecuados a su género y clase.¹⁶ Con ese aprestamiento en el taller, se procuraba colocarlas en casas de comercio, en cualquier trabajo acorde con sus habilidades y/o en la tienda para ventas que poseía la institución, donde se les pagaba el 10% del valor de la mercadería y, en no pocas ocasiones, se les abonaba con tres meses de retraso.¹⁷

Por otra parte, la dominación ejercida por los asistentes tenía también una dimensión ideológica y cultural; es decir, a través de una serie de estrategias culturales, las elites asistenciales se propusieron la generación de un consenso activo por parte de los asistidos con los modelos de atención social y con los fundamentos ideológicos y políticos subyacentes a la cultura benéfico-asistencial. Ese consenso era entendido como el ordenamiento de las distintas configuraciones mentales para la percepción del mundo social por los actores sobre la base de la fuerza estructurante de una cultura asistencial fuertemente arraigada en la sociedad, las instituciones y los

hombres -asistentes y asistidos-, que consideraba que la atención de la pobreza y de los marginales era competencia de la filantropía y la beneficencia. En este sentido, las fiestas, rituales y conmemoraciones con sus productos y artefactos culturales-cantos, himnos alusivos, poesías, discursos y otras formas literarias-la actividad editorial, los momentos de esparcimiento y los espacios de lectura, constituyeron herramientas culturales de profundas implicancias políticas, ideológicas e identitarias, a través de las cuales las elites asistenciales se proponían generar un sentimiento compartido de identidad común, una comunidad emocional y fueron esenciales para transmitir ideas y concepciones asistenciales subyacentes. En efecto, en las fiestas institucionales se fijaban una serie de relaciones sociales representativas de la jerarquía social de la que derivaban y que eran interiorizadas por los asistidos que las asumían dentro del devenir diario de la vida interna de la comunidad. Las celebraciones buscaban simbolizar la cohesión social y legitimar instituciones, status o relaciones de autoridad y tenían como principal objetivo la socialización, inculcar creencias, sistemas de valores y convenciones relacionadas con el comportamiento. Además, ese conjunto articulado de rituales fijaba, a través de los objetos, los gestos y las palabras, el lugar que le correspondía a cada uno en la jerarquía de los poderes.¹⁸ En este sentido, es ilustrativo el caso de la denominada "fiesta angélica" dedicada a los niños, que se realizaba anualmente en Río Cuarto por la Conferencia Vicentina de Santa Rosa de Viterbo. Para esas ocasiones, se les obsequiaba a los niños con objetos piadosos, masas, caramelos y rifas a la par que se les inculcaba, mediante cánticos alusivos, la grandiosidad del acto conmemorativo.

Después de la misa, más de 2.500 niños recorrían las calles de la ciudad, llevando las imágenes protectoras en andas y numerosos estandartes de los centros catequísticos, coreando cánticos piadosos que constituían un factor esencial en la construcción de representaciones.¹⁹

Esa sociabilidad conmemorativa, donde se hacía gala de una discursividad apologética de las prácticas caritativas, era la ocasión para exaltar las virtudes de las benefactoras:

Solicita, madre de los huérfanos, se puede decir que siempre se hallaba rodeada de ellos. Era como el centro común de esas desdichadas criaturas; y se acostumbraban tanto a su trato y a su gobierno, que convertía la distinguida señora su apostolado maternal en escuela no sólo de amor sino de virtud y de cristiana educación. ¿Quién de nosotros la ha encontrado alguna vez sin algún huérfano? Y fuera de su casa, ¿en qué colegio de beneficencia y caridad no hay su batallón de huérfanos de Misia Gabina? Hermoso era contemplar la alegría de los niños de la Escuela Presidente Roca cuando se reunían periódicamente en la casa de la mamá que les había deparado la divina providencia [...].²⁰

En síntesis, estos actos y celebraciones constituían una manera de "abrir las puertas de la institución" al espacio público, para mostrar los alcances del proyecto socio-pedagógico y las trazas de la modernidad en el interior de las instituciones.

III.- Las identidades: Discurso y experiencia en la conformación y reproducción de las mismas.

La preocupación por la cuestión de las identidades empezó a cobrar relevancia en la historia a partir de los años '70, cuando se la incorporó a sus análisis. El éxito del concepto desde la década del '90 se une al creciente interés por el lenguaje, las representaciones y la construcción de significados sociales asociado al llamado giro cultural. Se trata de una noción ambigua debido a que evoca, por un lado, el fondo auténtico²¹ del sujeto y, por otro, al ser socialmente construido, múltiple y cambiante. Pero lo más importante de resaltar es que en los estudios contemporáneos se rechaza la visión esencialista de la identidad que la concebía asociada a unos atributos innatos y compartidos (sexo, raza, nación) o bien ligada a la idea materialista que atribuía su origen a condiciones comunes de experiencia material. Por el contrario, en los años '80 del siglo XX, en un contexto político de reivindicación de la alteridad, del derecho a ser diferente, se cuestiona esa noción de identidad que va a quedar vinculada cada vez más, en importantes perspectivas teóricas, a la experiencia y a la subjetividad.²² Actualmente prevalece una visión constructivista que entiende las identidades como construcciones sociales más que como evidencias naturales o identificaciones automáticas. Es decir, las identidades como las clases, no nacen sino se construyen; es decir, son el resultado de complejos procesos de construcción mediados por objetividades y subjetividades y no son fijas, naturales, coherentes ni homogéneas, sino múltiples, contradictorias y atravesadas por diferencias internas. Las identidades se refieren a las posiciones que cada individuo adopta en su relación con los otros individuos con los que interactúa cotidianamente y en las que se ponen en juego sus proyectos, sus necesidades y sus deseos.²³ Cuando se habla de identidad se alude a las nociones y/o sentimientos de pertenencia de los agentes sociales a determinados grupos o colectivos humanos. Las distintas acepciones de la identidad incluyen las formas de identificación y categorización del grupo por parte de las autoridades e instituciones que tienen el poder simbólico y los recursos materiales para nombrar, para establecer quién es cada sujeto y el sentido de pertenencia con una comunidad. Pero, por otra parte, también remiten a la identidad como identificación vivida, experimentada en el saber práctico de los agentes sociales. Este enfoque descarta las identidades reconocidas "desde fuera" que dicen más sobre las categorías vigentes entre los estudiosos que sobre las que subyacen realmente a las conductas sociales estudiadas.²⁴ Es una perspectiva amplia para evitar dejar afuera de esta conceptualización una gran variedad de identidades. La posibilidad de descubrir nuevas expresiones identitarias socialmente abiertas, depende de este criterio flexible y no de la adopción de taxonomías fijas que constituyen apretados encasillamientos de la complejidad de la condición humana, como si ésta fuera un territorio previamente cartografiado.²⁵ Las categorías identitarias son realidades del saber práctico de los agentes que se generan y definen en relación con una praxis y unos contextos específicos. Más aún, surgen en el seno del juego de modalidades concretas de poder y así son más el producto de la huella de la diferencia y la exclusión que un signo

de una unidad idéntica, naturalmente establecida.²⁶Las identidades pueden visualizarse empíricamente en las expectativas, códigos y prácticas que los actores ponen en funcionamiento en distintas coyunturas. Si los modos en que se conforman y transforman las identidades es un frente dinámico en la historiografía social, más novedoso y reciente es el interés creciente por las dimensiones subjetivas, ligado a la importancia del denominado retorno a la agencia humana. Y este retorno ha implicado la revalorización del poder estructurante de los sujetos en el análisis de los grupos e identidades que se manifiesta, entre otras cosas, en los usos imaginativos de las normas mediante la puesta en práctica de distintas estrategias que aprovechan las incoherencias, contradicciones e intersticios de los sistemas normativos. Esto significa en nuestro tema, no ver a los asistidos, mujeres desvalidas, hombres desocupados, ancianos indigentes o enfermos y niños huérfanos y/o abandonados, como simples proyecciones de los modelos dominantes, sino indagar las formas en que ellos dan sentido a esos modelos, los interiorizan, los rechazan, los negocian o transforman en sus pensamientos y en sus vidas. En una palabra, se intenta rescatar el proceso de tejer y vincular distintas posiciones subjetivas en lugar de sugerir la búsqueda en última instancia de una identidad auténtica que debe ser revelada o descubierta.

Los asistidos en la diversidad de instituciones asistenciales forjaron sus identidades sobre el parámetro de la reciprocidad desigual y sobre la necesidad de la subsistencia.²⁷La mayoría construyeron su identidad en torno a la aceptación de la idea que la vida era dura y que ella sería siempre así para ellos por la falta de educación y de poder y que su diario vivir transcurriría con lo mínimo y en condiciones de apiñada intimidad en una misma posición. Realizaban el trabajo más pesado y tenían la vista en un horizonte cercano, lo que tomaban como un hecho natural que venía dado. Normalmente no concebían sus vidas como una línea ascendente en términos de movilidad social o de bienestar económico sino que la inmediatez y el vivir el presente eran las características de su devenir. Es decir, construyeron su percepción subjetiva sobre el mantenimiento de la seguridad de la subsistencia.

Sus prácticas se ajustaban a la idea de que el mundo exterior era extraño y con frecuencia hostil, que en él residía el poder y que era difícil relacionarse con el mismo en sus propios términos. Constituía el mundo de "ellos", el de la elite asistencial con poder sobre sus vidas en casi todos los aspectos; el espacio en las instituciones se dividía entre "ellos y nosotros";²⁸ "ellos" eran los de arriba, los que repartían "las ayudas sociales" y "los nosotros" eran visualizados y se auto representaban como sometidos al espíritu del orden, de la disciplina y la subordinación imperante.

Todos compartían esa imagen como "pobres marchitados por las luchas de la vida".²⁹Y esa mirada estuvo reforzada por los discursos de los asistentes destinados a inducir en las subjetividades de los asistidos las representaciones favorecidas por las instancias de poder de una sociedad. En efecto, además de la experiencia práctica de los asistidos, había un deliberado relato que fortalecía el mensaje de "afrontar con serenidad las desdichas de esa miserable vida" debido a sus limitaciones innatas o culturales, que legitimaba la acción social desde arriba y que convertía a los benefactores en los únicos actores dotados de la capacidad y recursos para amortizar los desajustes de la cuestión social, preservando las relaciones verticales.³⁰Las representaciones contenidas en los documentos institucionales sobre los sujetos protectores, los convertía en los únicos indicados para amparar, civilizar y controlar a los nominados como "desheredados de la vida". Más aún, los discursos enfatizaban que solo a través del tutelaje de la élite asistencial, que incluía tanto una instrucción católica y cívica como la inserción en el mundo del trabajo, los asistidos podían lograr la capacitación necesaria para la integración a una sociedad ordenada y sin conflictos: "todas tenemos obligaciones en nuestros hogares pero diariamente nos confortamos con una obra buena, aliviando el dolor del enfermo, formando hogares cristianos e infundiendo en los corazones infantiles la más sana educación."³¹

Esos discursos emitidos desde posiciones de poder fueron apropiados por sus receptores en gran medida como resignación o acomodamiento a las situaciones concretas de existencia y a la falta de perspectivas mejores. Por ello, la inmediatez y vivir el presente eran las características de su devenir. Para los asilados, su condición era una manera de disfrutar ciertos aspectos de una vida injustamente difícil. Como consecuencia de ello, muchos asistidos lo asumían como propio y generaban una identidad de conformidad ante su precaria situación.

Pero las relaciones no fueron siempre dicotómicas sino que en varias ocasiones las elites empatizaban con los asistidos y a través de estrategias de negociación y regateo, les otorgaban ciertas concesiones como la modificación de las normas o beneficios especiales. En la historiografía contemporánea sobre los actores del modelo benéfico-asistencial, el concepto de negociación ha adquirido una fuerte capacidad analítica como una alternativa para recuperar la acción de los sujetos y su decisiva intervención en la producción de significados y disputas por el sentido. La importancia asignada a la negociación se asienta en la posibilidad que tienen los actores de participar creativamente en una relación de fuerzas, tensionándola con miras a alcanzar sus intereses en una suerte de regateo con otros actores sociales o institucionales. Se pretende así construir una perspectiva crítica que contemple que las significaciones identitarias no son impuestas sino fruto de la intervención de estos actores en los intersticios del poder. La negociación se presenta así como la posibilidad que el orden triunfante impone en condiciones de desigualdad, bajo la apariencia de una igualdad original y que resulta ser la forma que tiene lo hegemónico de agenciar las prácticas de los sujetos subalternos a favor de su propia reproducción.³² En este sentido, las vicentinas, en algunas circunstancias especiales, permitieron a sus beneficiarios entrar, permanecer, salir y reingresar al sistema típico de la ayuda vicentina con flexibilidad, aun cuando esas concesiones implicaran desviaciones de las normas. Y también en no pocas ocasiones y como resultado de las activas estrategias culturales y simbólicas empleadas, los asistidos lograron apropiarse creativamente de las bondades del modelo,

especialmente de la acción mediadora de las asociaciones para garantizarles su supervivencia a través del trabajo remunerado. Así la Sociedad Protectora del Taller de la Sagrada Familia organizó talleres en las diversas ramas y actuaba como la encargada de buscar trabajo a las obreras asiladas colocándolas, de acuerdo a las fluctuaciones de la demanda de trabajo, en fábricas o casas de comercio -como la fábrica de cigarrillos del señor Leiva y el establecimiento comercial del señor Caeiro - contratando un operario para adiestrarlas en el oficio. Es decir, la comisión de señoras encargadas del Taller ejercía la función de proveedoras y/o de mediadoras de puestos de trabajo, lo que permitía asegurar un ingreso a los desocupados para su supervivencia y el control de los asistidos, si bien era generalmente una retribución inestable y de pago diferido. En efecto, en la memoria de 1901, se explicitaba con claridad la necesidad de que las señoras del taller “dieran mayor impulso a esta obra que tanto bien dará las pobres asiladas para que al mismo tiempo que se cultiva su fe y su moral no les falte los medios de subsistencia”.³³ Con respecto al pago de las obreras, su percepción demoraba, en no pocos casos, más de 6 meses y se debía acudir a la ayuda particular para hacerlo efectivo. Esa situación llevó a que en años posteriores, se estableciera el pago semanal y se constituyera una comisión de tasación para que fuese evaluada la cantidad correspondiente a las asiladas. Esta función de mediación paternalista era llevada a cabo también, entre otras, por las conferencias Vicentinas de Santa Rosa de Viterbo que en 1919 se entrevistaron con los propietarios de los molinos harineros y casas de cereales para proporcionar a las asiladas trabajo mediante el arreglo de las bolsas para la cosecha. Esta mediación consolidaba la dependencia de los asistidos que utilizaban ese mecanismo como estrategia de supervivencia al mismo tiempo que los asistentes estrechaban las relaciones horizontales con distintas fracciones de los sectores de la elite económica y social. Al año siguiente, esa misma asociación había logrado colocar 47 hombres, 40 mujeres y 30 niños en colonias y pueblos diversos de la región del sur de la provincia.³⁴ Por otra parte, gracias a la intervención oportuna también se consiguieron los ingresos de ancianos e inválidos en el asilo de mendigos y de niños para el aprendizaje de un oficio.

Relaciones entre asistentes y asistidos: estrategias de supervivencia, reciprocidad desigual y resistencias cotidianas.

En esta parte de la contribución se indagan las modalidades de recepción y apropiación de las medidas asistenciales que dieron por resultado la conformación de identidades heterogéneas y fragmentadas por parte de los asistidos.

A pesar de la carencia cuantitativa y de la insuficiencia cualitativa de las fuentes para penetrar en los mundos internos de los pobres que transitaban las redes asistenciales, con una estrategia indiciaria se ha podido desentrañar algo de lo que se escapa en los intersticios de las normas regulatorias y que dan cuenta de la interacción que se desarrolló entre los actores en el interior del espacio asistencial.

Gran parte de los sectores pobres vieron en la ayuda de las asociaciones de protección social un mecanismo de supervivencia a través de distintas modalidades: la ayuda directa mediante la entrega de dinero o comestibles, el auxilio como complemento del magro jornal, la recomendación para obtener un albergue, para conseguir trabajo, para ser internada en algún hospital y/o para tramitar la jubilación a la vejez. Es decir, no eran sujetos inarticulados sometidos rigidamente al control social o disciplinamiento, sino más bien agentes históricos conscientes y activos que hacían uso y se beneficiaban del sistema asistencial o establecían relaciones de reciprocidad, aunque desiguales con los detentadores de la protección social. Por otra parte, en el aspecto laboral, hay que recordar que la enseñanza impartida en la mayoría de las asociaciones benéficas comprendía la adquisición de diferentes habilidades para la obtención de un jornal que permitiera atender las necesidades básicas. Además, los propios talleres para artesanos y costureras que poseían las asociaciones, las escuelas primarias y las nocturnas, le otorgaban a la relación un sentido de reciprocidad con miras a evitar la destitución futura de sus asistidos, a lo que se sumaba un recurso adicional proveniente de las ventas de los productos para la continuidad y mantenimiento de la cadena asistencial.

Pero además de la estrategia de seguridad de la subsistencia, los asistidos aprovechaban también los intersticios de libertad que dejaban las normas y códigos establecidos para negociar, regatear y maximizar la ayuda demandada. En efecto, de las lecturas de las actas de las asociaciones emerge con claridad cómo algunos pobres solicitaban auxilios a más de una institución. Es el caso de la pobre Anita de Quinteros que pidió ser adoptada por la Conferencia Vicentina de la Merced cuando ya pertenecía o era secundada por la Conferencia de Copacabana. Las vicentinas negaron su adopción, aunque le otorgaron una ayuda con carácter extraordinario por su precario estado de salud. En otros casos, solicitaban la ayuda por un tiempo y luego cuando sus situaciones se mejoraban por la obtención de un puesto de trabajo, escogían ser “desadaptados”, para luego solicitar nuevamente el auxilio ante una nueva circunstancia crítica en la familia o en el trabajo.³⁵ Es decir, los asistidos con una racionalidad limitada y contextual usufructuaban la ayuda reglamentada por los marcos normativos y por la interacción que mantenían con sus benefactores. Otra evidencia que prueba el poder agencial de los protegidos en la relación asistencial fue la relativa libertad que tenían los asistidos para disponer del uso de su socorro pecuniario, lo que avala la hipótesis de la no existencia de un rígido control sobre las ayudas proporcionadas, aún cuando implicaran una desviación de los fondos hacia necesidades no prioritarias, lo que configuraba, a su vez, una violación a los reglamentos de la institución otorgante. Es el caso de varias familias atendidas por las Conferencias Vicentinas de La Merced, quienes en noviembre de 1922, invirtieron el socorro recibido en la compra de entradas para el biógrafo. Sin embargo, la decisión adoptada por la Conferencias no fue suspender la ayuda, sino otorgarla en especies y no en dinero. Decisiones de este tipo evidencian que los mentados mecanismos de coacción y rígido control eran a veces ignorados, que existían espacios de manipulación de los asistidos y, lo más importante, que las familias no fueron desatendidas en sus necesidades básicas.³⁶

La ayuda social atendía la subsistencia y el desamparo de los que no tenían techo ni comida, pero la asistencia se deslizaba dentro de los márgenes del control social. Sin embargo, si bien el espacio institucional era una estructura vertical y rígidamente jerarquizada, también existieron las "líneas de fuga"³⁷ es decir, la utilización por los asistidos de los márgenes del modelo benéfico asistencial para resistir la subordinación, la opresión y la injusticia, para avanzar en las aspiraciones naturales de libertad y bienestar. Estas singularidades, que adquieren relevancia en función de su situación y de su operatividad social, constituyen indicios privilegiados para el historiador interesado en captar e interpretar la disidencia de los subalternos. Esa capacidad de agencia se expresaba fundamentalmente a través de las formas de resistencias cotidianas, acciones del día a día que requerían escasa o nula organización, como el silencio, el rumor, la risa o la falsa ignorancia. Bajo la aparente aceptación del peso de una estructura verticalista y las muestras de sumisión y aceptación del discurso público, se escondían algunas muestras de resistencia y un cuestionamiento a las normas impuestas. Nos referimos a las sutiles batallas para negociar, confrontar o resistirse, las más de las veces con estrategias individuales. La definición y cuantificación del fenómeno plantea serias dificultades debido a los problemas de fuentes y a los de interpretación, fundamentalmente el problema de distinguir entre el interés personal y la expresión de una oposición de carácter más colectivo. No obstante, existieron expresiones encubiertas de resistencias por parte de los asistidos, siendo un caso frecuente la lentitud en el trabajo y, por ende, el escaso rendimiento, una actitud que contradecía los fines regenerativos del trabajo impulsados por la elite asistencial. Otra forma de sutil resistencia que las narrativas institucionales reflejaban era la risa de los asistidos, que asumía la forma de rebeldía cuando las religiosas asistentes no respondían a un determinado perfil estereotipado, lo que traía aparejado cierta laxitud en el orden establecido.³⁸ Ese sutil tufillo de rebeldía aparecía como una constante en la documentación a través de las directivas dirigidas a las benefactoras para que fueran prudentes en sus conversaciones delante de las asiladas y pensionistas "que muchas veces degeneran en críticas y murmuraciones". En 1925, en una circular interna de la Superiora Dolores de la Pasión Goicochea de la Congregación de las Franciscanas de la Caridad, se insistía sobre el efecto negativo que las murmuraciones generaban en la disciplina "que se encontraba descuidada... por la falta de silencio... que se consideraba como una disipación que permitía romper el orden imperante y deseado. El vicio de la murmuración sean personas religiosas o seglares eran consideradas "pestes de las casas religiosas" dedicadas a la ayuda social.³⁹

En la Memoria trianual de 1917-1919 de la misma institución, documento que contenía la composición de las asistentes y de los asistidos y las acciones sociales realizadas para su fiscalización en la Congregación Central en Buenos Aires, se reconocía explícitamente esa oposición cotidiana: "No debemos silenciar que nos cuesta mucho sostener sobre estas niñas y jóvenes la disciplina moral de carácter religioso, sea por el ambiente liberal de la escuela laica, sea por la falta de religión de que adolecen muchos de sus hogares, lo cierto es que la debilidad de sus convicciones, las hace indiferentes y aun rebeldes para el cumplimiento de los deberes religiosos".⁴⁰ Esas pequeñas oposiciones adquirían mayor relevancia cuando se denotaba la participación de algún asistente, como se manifestó en una circular de 1912 en el asilo de la Sagrada familia, situación que motivó la insistencia de las autoridades en la obediencia. Si bien la documentación no atestigua ningún episodio de rebeldía directo de abajo hacia arriba en la estructura piramidal de sus instancias organizativas, sí se ponía de manifiesto la existencia de quejas encubiertas y manifestaciones verbales antes medidas inconsultas.⁴¹ En este sentido, en las sucesivas visitas apostólicas se insistía en la vigencia de lo que se nombraba en el lenguaje institucional como "los defectos de las casas que por desgracia poco se han corregido"⁴². Es decir, a pesar de la verticalidad de la trama organizativa, la rigurosidad de las constituciones y reglamentos, las resistencias cotidianas eran expresiones de demandas y reclamos contenidos. Estas formas de oposición adquirían una manifestación más contundente y de mayores consecuencias entre las pensionadas que directamente abandonaban la residencia. En efecto, un seguimiento de las memorias recuperadas trianualmente, evidencia que se producían abandonos y de las que quedaban en el tercer año, pocas cumplían los deberes que se les exigían. Pero además, el retiro como mecanismo se hizo más común a partir de la segunda década del siglo XX y tuvo su impacto en los recursos y en los gastos de la casa en general y, por ende, en la satisfacción de las necesidades de los pobres asilados, si se pondera que este rubro significaba una importante proporción de los ingresos junto con las subvenciones y los legados particulares que eran recursos eventuales. Las entradas por concepto de cuotas de las pensionadas, descendieron de un 38% en 1920-1922 a un 22% en 1932-1934.⁴³

Otra manifestación de rebeldía por parte de los asistidos en la vida cotidiana, era la protagonizada por los pobres del Comedor Obrero quienes "no se mostraron muy deseosos de asistir a las conferencias religiosas y morales, por lo que se hicieron necesarios ciertos incentivos como el sorteo de objetos entre los concurrentes y otros medios más sutiles para llegar al corazón de los asistidos".⁴⁴

Por su parte, en la memoria anual de 1919-1920 de la Conferencia de Señoras Vicentinas Santa Rosa de Viterbo, se hacía expresa alusión sobre la resistencia ejercida a la obra de la institución por los asistidos del Asilo de Pobres y Madres desamparadas "San Vicente de Paul" [...]barrio execrable y anticatólico fue temeraria y ardua la labor al principio pues se tropezó con serias dificultades para dominar las resistencias naturales a la repulsión [...] se logro desalojar a la gente de moralidad depravada". Y ocho años después, se insistía en las dificultades para erradicar los conatos de rebeldía debidos a que, en la mayoría de los casos, los socorridos "eran ebrios consuetudinarios que no querían someterse al orden y a la bonanza [...] Cuando se encuentran restablecidos y mejor de sus miserias buscan cualquier pretexto para salir del asilo".⁴⁵ Similares expresiones registraba la Memoria de las Señoras Vicentinas que sostenían la escuela de Nuestra señora del Valle que educaba 105 niños

pobres, expresando que era un “barrio poco adaptable a esta clase de obras, lo que generaba una lucha con santa porfía venciendo muchos obstáculos”.⁴⁶

A comienzos de la década de 1930, en la memoria de la Sociedad Pía Unión de San Antonio, se reconocía que el cumplimiento de los fines morales y religiosos y la subordinación no se daba por descontado en la interacción entre asistentes y asistidos: “... no era tarea fácil, debemos muchas veces vernos obligados a rogarles, predicarles y atraerlos y como a los niños por medio del obsequio, ya sean en remedios, ropas y otras concesiones para que se conviertan en forma en un hogar cristiano y cuál no sería nuestro pesar al ver que algunos cónyuges encontrándose moribundos no aceptan los sacramentos por falta de fe...”⁴⁷ Esta situación fue también consignada por la prensa local que transcribió en su páginas un elocuente diálogo que mantuvo un enfermo pobre y terminal con su protectora, una religiosa, donde le expresaba su oposición para recibir los sacramentos “porque no creía en el más allá, ni creía en Dios y que su vida había sido una continua negación de la ventura y que se hizo incrédulo y ateo y que en su corazón había muerto la fe...”⁴⁸

También es importante señalar que en condiciones normales, estas resistencias no constituyeron un peligro serio para la supervivencia del modelo y del poder institucional de los detentadores del modelo asistencial, pero sí se percibe, en algunas asociaciones, negociaciones asimétricas y resistencias que permitieron cierta flexibilización de las normas y del orden imperante.

A modo de conclusión

En esta primera aproximación a una temática compleja y de no fácil abordaje por las dificultades de recuperar las voces y las trayectorias biográficas de los pobres y excluidos, se intentó reconstruir las trazas de una modernidad anhelada y controlada construida por espacios claramente marginales. Concretamente, se procuró recuperar el rol de la sociedad civil en la vigencia de un sistema asistencial caracterizado por la pluralización de los actores y de los instrumentos de protección social. La acción de las asociaciones de fuerte impronta religiosa operaron en este sentido como correas de transmisión del proyecto de civilización emprendido por las elites locales en la medida que se propusieron la “recuperación y ordenación de las clases desheredadas” a través de la educación, las prácticas religiosas, la moralización de los comportamientos, la higienización, la dignidad del trabajo, procurando la rutinización disciplinada de las conductas de la vida cotidiana, desde los ámbitos de trabajo hasta los espacios de recreación.

En el marco de las relaciones asistenciales fuertemente jerarquizadas y desiguales del modelo benéfico asistencial, los asistidos, en las diversas instituciones de la sociedad civil dedicadas al socorro social, construyeron sus diversas, heterogéneas y fragmentadas identidades como resultado de la interrelación causal e históricamente cambiante entre el contexto asistencial prevaleciente -los marcos institucionales, el espíritu de rígida disciplina, de diferenciación social y el aislamiento imperante- y las estrategias culturales desplegadas por las elites asistentes para generar y lograr el consenso activo de los subalternos a su situación de dominación. Esas identidades se constituyeron sobre un trasfondo común de necesidades básicas insatisfechas y escasos recursos, no solo económicos sino cognitivos y culturales y la falta de reconocimiento, pero esa situación de dependencia no invalidó que los asistidos fueran desde sus posiciones de dependencia actores conscientes en la construcción de la relación asistencial y no meros receptores pasivos. Este poder agencial de los asistidos se manifestó en las estrategias de supervivencia escogidas, en su capacidad negociadora para tejer apoyos, reclamar servicios, maximizar los beneficios concedidos y articular sus resistencias cotidianas, sus “batallas ocultas” para oponerse a las normas establecidas o al menos lograr su flexibilidad.

Por cierto, el protagonismo real pero limitado de los sujetos asistidos no significó que fueran actores decisivos en la reforma del modelo asistencial vigente ni siquiera se puede afirmar que esa idea estaba presente en sus subjetividades.

Las asociaciones civiles siguieron teniendo un protagonismo central en el campo asistencial como una tendencia de larga duración. Prueba de ello es la creación a fines del período, en 1928, de la Asociación de Ayuda Mutua - entre muchas otras- que reunía “a distinguidas damas” de la sociedad cordobesa “para proteger moral y materialmente a tanta persona que por distintas causas han quedado desamparadas”. Una tendencia de largo plazo que retiene los mismos objetivos, mecanismos similares de reclutamiento del personal asistencial y las reiteradas interpelaciones a la moralización de las clases desheredadas.⁴⁹ Pero sí se puede afirmar que los asistidos no fueron actores pasivos sino participantes activos en la construcción de la relación asistencial desde sus posiciones de clara inferioridad y dependencia, a través de los mecanismos de supervivencia, negociación o formas diversas de resistencias, sobre todo si sentían que el pacto paternalista no se cumplía. Por último, estas evidencias permiten ponderar que la pretensión de que toda práctica reivindicativa ponga en cuestión lo hegemónico en su conjunto es la consecuencia lógica del descuido analítico de las múltiples articulaciones históricas entre la dominación y el consenso. Por el contrario, una perspectiva no determinista puede ser fructífera para pensar en conflictos latentes, en luchas soterradas que no necesariamente terminaban en nuevas formas de orden y en la doble posibilidad de los sectores subalternos de participar e integrar resistencias y también de intervenir en procesos netamente reproductores del orden hegemónico. En este sentido, somos conscientes del desafío que supone incorporar a los beneficiarios-destinatarios como actores, por sus rastros elusivos, su voz apenas audible en las fuentes, pero ello no solo permite una nueva perspectiva del modelo benéfico asistencial, sino que es también un componente necesario si se aspira a hacer una historia que pretenda ser síntesis sobre la cuestión social, los modelos asistenciales y las prácticas de los actores sociales involucrados.

Bibliografía

Bolufer Mónica e Isabel Morant. "Identidades vividas, identidades atribuidas". En *Entre dos orillas: las mujeres en la historia de España y América Latina*, Pilar Pérez-Fuentes, 317-352. Barcelona: Icaria, 2012.

Cabana, Ana y Miguel Cabo. "James C. Scott, Miradas desde la historia", *Historia Social* 77 (2013): 73-93.

Cuño, Justo. "Ritos y fiestas en la conformación del orden social en Quito". *Revista de Indias*, LXXIII 259 (2013): 663-692.

De la Pascua Sánchez, María José. "Natalie Z. Davis o la historia de las mujeres desde una historia social renovada". *Historia Social* 75 (2013): 75-100.

Franulic Depix, Fernando. "Metáfora y Mercancía. Espacio de confinamiento y discurso del pobre en la ciudad decimonónica". *Revista Electrónica Diseño Urbano y Paisaje* v.14 (2008): 1-27.

Stuart Hall, "Who needs identity?". En *Questions of cultural identity*, Stuart Hall y Paul Du Gay, 1-17. Londres: Sage, 2000.

Hoggart, Richard. *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.

Imízcoz Beunza, José María. "Comunidad, red social y elites. Un análisis de la vertebración social en el Antiguo Régimen". En *Elites, poder y red social. Las elites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, José María Imízcoz Beunza, 13-50. Bilbao: Universidad del País Vasco, 1996.

Kaliman, Ricardo, *Sociología de las identidades*. Córdoba: Eduvim, 2014.

Moreyra, Beatriz I. *Cuestión social y políticas sociales en la Argentina. La modernidad periférica. Córdoba, 1900-1930*. Buenos Aires: UNQ, 2009.

Quiña, Guillermo. "Cultura y Hegemonía en el capitalismo contemporáneo. Sobre la necesidad de una mirada crítica en los estudios culturales latinoamericanos". *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* 4.4, (2011): 97-106.

Remedi, Fernando J. "Los pobres y sus estrategias alimentarias de supervivencia en Córdoba, 1870-1920". *Población y Sociedad* 12.13 (2005-2006): 169-205.

Notas:

¹ Doctora en Historia. Profesora Titular Plenaria de la UNC. Profesora Catedrática de UCC. Investigadora Principal del CONICET. Presidente del Centro de Estudios Históricos *Carlos S. A. Segreti*, Unidad asociada del CONICET Académica de Número de la Academia Nacional de la Historia. Autora y compiladora de 11 libros y de artículos y capítulos de libros en revistas nacionales y extranjeras sobre diversos aspectos de las políticas sociales en la provincia de Córdoba entre 1900 y 1930 y sobre las perspectivas teórico-metodológicas e historiográficas sobre la historia social.

² Ricardo Kaliman, *Sociología de las identidades* (Córdoba: Eduvim-UNVM, 2014), 149-150.

³ Ana Cabana y Miguel Cabo, "James C. Scott, Miradas desde la historia", *Historia Social* 77 (2013), 77.

⁴ Mónica Bolufer e Isabel Morant, "Identidades vividas, identidades atribuidas", en *Entre dos orillas: las mujeres en la historia de España y América Latina*, Pilar Pérez-Fuentes (Barcelona: Icaria, 2012), 334.

⁵ Beatriz I. Moreyra, *Cuestión social y políticas sociales en la Argentina. La modernidad periférica. Córdoba, 1900-1930* (Buenos Aires: UNQ, 2009).

⁶ Moreyra, *Cuestión social y políticas sociales en la Argentina*.

⁷ Fernando Franulic Depix, "Metáfora y Mercancía. Espacio de confinamiento y discurso del pobre en la ciudad decimonónica", *Revista Electrónica Diseño Urbano y Paisaje*, v. 14 (Universidad Central de Chile: Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y de Paisaje, 2008), 7.

⁸ José María Imízcoz Beunza, "Comunidad, red social y elites. Un análisis de la vertebración social en el Antiguo Régimen", en *Elites, poder y red social. Las elites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, José María Imízcoz Beunza (Bilbao: Universidad del País Vasco, 1996), 24.

-
- ⁹ Archivo Histórico Municipal de Córdoba (en adelante AHMC), Serie Documentos, A-2-82 (1926), 411-412.
- ¹⁰ La Voz del Interior, 25 de mayo de 1921, 2.
- ¹¹ Los Principios, 6 de mayo de 1924, 5.
- ¹² Libro de Autos de Visita de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1925), 175-177.
- ¹³ Memoria de la Congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1920), 126.
- ¹⁴ Libro de Autos de Visita de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1902), 178.
- ¹⁵ Memoria de la Congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1913-1915), 134.
- ¹⁶ Memoria del Conservatorio de la ciudad de Córdoba, formada por la Rectora Josefina de la Llagas para ser presentada al Capítulo a celebrarse en la casa madre del Instituto de las Hermanas Terciarias Franciscanas en setiembre de 1904.
- ¹⁷ Memoria de la Congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1902), 85-86.
- ¹⁸ Justo Cuño, "Ritos y fiestas en la conformación del orden social en Quito", Revista de Indias LXXIII 259 (2013), 663-666.
- ¹⁹ Memoria del ejercicio 1919-1920 de las Conferencias de la Señoras Vicentinas de Santa Rosa de Viterbo (1922), 19-20.
- ²⁰ Los Principios, 22 de julio de 1921, 4.
- ²¹ Bolufer y Morant, "Identidades vividas", 317-352.
- ²² María José de la Pascua Sanchez, "Natalie Z. Davis o la historia de las mujeres desde una historia social renovada", Historia Social 75 (2013), 75-100.
- ²³ Kaliman, Sociología, 115.
- ²⁴ Kaliman, Sociología, 120.
- ²⁵ Kaliman, Sociología, 149.
- ²⁶ Stuart Hall, "Who needs identity?", en Questions of cultural identity, Stuart Hall y Paul Du Gay (Londres: Sage, 2000), 1-7.
- ²⁷ Cabana y Cabo, "James C. Scott", 77.
- ²⁸ Richard Hoggart, La cultura obrera en la sociedad de masas (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013), 96.
- ²⁹ La Voz del Interior, 8 de junio de 1921, 3.
- ³⁰ Memoria de las señoras vicentinas de "Santa Rosa de Viterbo" (1919-1920), 12.
- ³¹ Memoria de Sociedad de Beneficencia de Rio Cuarto (1932-1934), 7-9.
- ³² Guillermo Quiña, "Cultura y Hegemonía en el capitalismo contemporáneo. Sobre la necesidad de una mirada crítica en los estudios culturales latinoamericanos", Revista de Estudios Marítimos y Sociales 4.4 (2011), 97-106.
- ³³ Libro de Actas del Consejo de Señoras Protectoras del Taller Asilo de la Sagrada Familia (1901), 71-73.
- ³⁴ Memoria de la Conferencia de las Señoras Vicentinas de Santa Rosa de Viterbo (1919-1920), 8-9 y 26.
- ³⁵ Libro de Actas de la Conferencia Vicentina de la Merced, 302 (1924-1927), 54.
- ³⁶ Libro de Actas de la Conferencia Vicentina de la Merced, 302 (1924-1927), 249.
- ³⁷ Pascua Sanchez, "Natalie Z. Davis", 108.
- ³⁸ Libro de Autos de Visita de la Congregación de las Terciarias Franciscanas de la Caridad (1902), 65.
- ³⁹ Memoria de la Congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1925).

-
- ⁴⁰ Memoria de la Congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1913-1916), sin foliar.
- ⁴¹ Memoria del Instituto de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1912),98-100.
- ⁴² Memorias de la Congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1925), passim.
- ⁴³ Memoria del Instituto de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad (1922-1934), passim.
- ⁴⁴ Fernando J. Remedi, "Los pobres y sus estrategias alimentarias de supervivencia en Córdoba, 1870-1920", *Población y Sociedad* 12.13 (2005-2006), 192-193.
- ⁴⁵ Memoria de la Conferencia de las Señoras Vicentinas Santa Rosa de Viterbo, *Los Principios*, 27 de julio de 1928, 9.
- ⁴⁶ *Los Principios*, 2 de agosto de 1919, 2.
- ⁴⁷ Memoria de la Pfa Unión de San Antonio (1932-1934), 6-7.
- ⁴⁸ *La Voz del Interior*, 8 de setiembre de 1928, Tercera parte.
- ⁴⁹ *Los Principios*, 19 de abril de 1928, 5.